

cos. Lo cierto es que un día, Fernando V, de paso desde Aragón á Castilla, y necesitado de alguna cantidad en los apuros continuos y en la pobreza de aquellas monarquías, detuvo el caballo ante la puerta de su casa en Calatayud, y desmontándolo, entróse á emprestarle una cantidad que halló en su inagotable tesoro familiar. Mucho poder debía disfrutar, cuando gente de su familia y sangre participó en el sacrificio é inmolación de Pedro Arbués, el primer inquisidor, muerto en la catedral á los furores de un motín popular, sin que le alcanzase al tesorero de Fernando, ni la desgracia del regio favor, ni la sabida pena de infamia. Santángelo entró en el cuarto de la Reina, así que supo la partida inesperada de Colón, á conjurarla en favor de la vuelta, y se halló con la Marquesa de Moya. Y como la Reina se quejara de las peticiones del descubridor, le dijo que todo valía poco si el plan se lograba, y todo se reducía, en último término, á cero si el plan se frustrase. Y como á estas razones potentísimas la Reina le opusiera la penuria del Tesoro y la necesidad en que se hallaría de volver á empeñar nuevamente sus joyas, Santángelo, en su decisión, mostróle cuán repleto estaba el Tesoro aragonés, indudablemente por las granjerías que le trajera la expulsión de los judíos, y cómo allí podrían encontrarse recursos, prometiendo al par de todo esto persuadir el ánimo parado y el pensamiento incierto de Fernando el Católico. Y en efecto, expidióse un correo que detuvo á Colón en el cercano puente, á dos leguas, y que le hizo tornar bridas á Granada, en donde se firmaron las capitulaciones de Santa Fe, concediendo á Colón todo aquello que pedía por el mes de Abril, y desde donde se partió á Palos por Mayo, para salir de allí en Agosto al nuevo increíble viaje argonáutico, en cuyo término, buscando el más viejo y más histórico espacio de las tierras antiguas, tropezó el adivino, sin pensarlo y sin quererlo, con una nueva creación.

CAPÍTULO XV.

DE SANTA FE Á PALOS.



No se necesita esforzar mucho la imaginación para comprender cuál cúmulo de satisfacciones llenarían el alma de Colón al tocar el deseado logro de sus anhelos y cumplir el objeto y fin á donde dirigiera desde la mocedad toda su vida. Bajo esta impresión se partió á Córdoba desde Granada. El camino entre la ciudad hermosísima del Darro, todavía vestida con sus preseas orientales como asentada en la puerta del harén antiguo, y la vieja capital del Califato, cristianizada por tres siglos de rezos católicos, debió conmoverle profundamente con regocijos espirituales, nunca gustados antes, y evocarle, allá en la imaginación, de suyo creadora y plástica, cual buena imaginación italiana, el conjunto de visiones dobles, inspiradas unas en las páginas del sacro Viejo Testamento, é inspiradas otras en los descriptores del áureo reino mongólico. Y no debe olvidarse que Colón emprende su camino en Mayo. Nada tan ocasionado á ensueños como aquella Sierra Nevada, parecida en su esplendor argénteo á disco inmenso de irregular y divina luna, que nadara en el éter y tocarse con sus bordes inferiores en la tierra; como aquellos torreones y aquellos muros, todos rosáceos, entre los cuales, transparentes á manera de ám-

bar y lustrosos á manera de coral, gallardean melancólicos cipreses, á cuyos troncos los jazmines de Damasco y los rosales de Alejandría se abrazan, y á cuyos pies florecen los embriagadores azahares; como aquellas orillas del Genil, cubiertas en todo su largo de adelfas matizadas por las gradaciones del color purpurino, y murtas siempre verdes ceñidas de coronas siempre blancas; como aquellas colinas de cortes tan armoniosos, ornadas con el plateado follaje casi metálico del olivar en flor y con el claro pámpano de la viña en ciernes; como aquellos pueblos tan alegres, rematados por alminares tan airosos y cubiertos por espontáneos jardines naturales, como los que pinta Mayo en Andalucía, llena de zarzales floridos y de amapolas encendidas y de lirios sedosos y de alhucema y de cantueso; como aquellas cordilleras en que las ya dentadas ó ya esféricas cumbres relucen á modo de las facetas en los brillantes y amatistas, despidiendo chispas que tomaríais por multicolores aerolitos; como aquel cielo donde se adivinan las visiones de Murillo con sus aleteos místicos y se oyen los cantares andaluces acompañados por el rasgueo continuo de melodiosísimas guitarras. Sí, el 12 de Mayo, que tomaba Colón su camino de Granada á Córdoba, para ir luego de Córdoba á Sevilla, de Sevilla á Huelva, de Huelva á Moguer y Palos, punto este último donde le aguardaba el embarque deseado hacia la realización de sus visiones, verificadas ya en su fe y en sus seguras esperanzas; ese camino, sembrado de venturas tangibles ¡oh! brilla como una esplendente nebulosa de ilusiones, como un istmo sembrado de flores entre las fatigas y las penas consiguientes á la preparación de su obra y los desengaños consiguientes á su realización. Dios ha querido poner enormes desproporciones entre todo lo ideado en la mente y todo lo cumplido en la realidad; entre todo aquello que se desea por el corazón y todo aquello que se consigue ó alcanza en la vida. Y ha querido más en sus misericordias, ha querido que al cumplimiento y logro de un deseo se tornen satisfacciones, y satisfacciones de una grande intensidad, las penas

sufridas por lograrlo y cumplirlo. Desde todo Tabor se aparece radiante la visión del pasado Gólgota; porque así como no hay nacimiento posible para la criatura humana sin lágrimas y sangre, no hay posible transfiguración celestial, sino después de haber pasado por las angustias del Huerto y por las agonías del Calvario. Á Colón se le aparecería de seguro aquella larga gestación del pensamiento suyo con todos los dolores á ella por precisión anejos, como un contraste necesario para la verdadera comprensión y el cumplido goce de su victoria. La indiferencia de su Italia, la ignorancia de aquel tiempo, los desdenes de cien poderosos por el egoísmo cegados, las repulsas de tantos y tantos como lo creían loco, las celadas puestas á sus planes por la empecatadísima envidia, el despego de tal sabio y la excomunión de tal monje; aquella Junta de Lisboa, empeñada en aniquilarlo; aquel Rey de Portugal, riéndose de los colombinos planes como de cosa desatinada, para luego á hurtadillas escamotearlos; el estudio prolijo del mar y del cielo en sus cavilaciones astrológicas; los derroteros peligrosos en el Mediterráneo, sembrado de piratas berberiscos y turcos, como en el Océano desde la isla de Thulé hasta la punta Bojador, entre hielos aquella y entre ardores ésta; el dictamen áspero de la comisión presidida en Córdoba por Talavera; las chacotas y las pedreas del vulgo viéndolo pasar como aquejado por una demencia inofensiva, pero burlesca; el continuo é inútil reclamo á las puertas del poderoso con los tormentos en las antesalas henchidas de cortesanos que se guiñaban el ojo al verlo y se reían de sus promesas, consideradas como desatinos; la caída rodando cien veces desde las esperanzas más ciertas á los desengaños más acerbos; los días de sus despedidas supremas desahuciado de la Corte, y el anochecer de su llegada horrible á la Rabida, sepulcro en que iban sus ilusiones á enterrarse, debían aparecérselo como interminable calle de amargura extendida veinte años á sus ojos, la cual, vista de nuevo ahora entre los deliquios de la felicidad, debía con sus recuerdos aumentar satisfacciones y esperanzas en aquel grande

ánimo. No quiso pasar á Palos sin en Córdoba detenerse. No quiso entregarse al azar de lo desconocido sin ver á la mujer que había contrastado con las flores del amor las espinas de sus taladradas sienes. El matrimonio legítimo con la primera mujer le había dado su hijo Diego y el amor ilegítimo con su amada le había dado su hijo Fernando. No fuera marino y descubridor, si le ciñeran unos brazos de tal modo al hogar, que no quisiese, retenido por ellos, arriesgarse á una expedición temeraria; y no fuera hombre, si dejara con criminal descuido las prendas de su amor faltas de la indispensable asistencia. Detúvose, pues, unos días en Córdoba para despedirse de su amada y proveer á la suerte de sus hijos. La familia hidalga, con quien tuvo trato y alianzas de tan extraña especie, aunque pobre de suyo, cooperó con poco dinero, pero cooperó materialmente, á la preparación del intuitivo plan; y un Arana, hermano de Beatriz, fué devoto compañero de Colón, tanto en este primer embarque como en todo su viaje, asistiéndolo en todos sus combates, apoyándolo en todos sus desmayos, y auxiliándolo en la difícil empresa de arreglar la primer expedición; porque miraba los asuntos relativos á la invención como asuntos de familia. ¡Cuánto debió costarle al piloto la separación y apartamiento de aquella Córdoba, en cuyo aromado seno encontrara el más intenso amor de su vida y tuviera el predilecto hijo de sus entrañas! ¡Qué diferencia entre aquel hogar amado y el mar inmenso, entre los ojos de la mujer predilecta y los relampagueos de la horrible tempestad, entre la familia cariñosísima y la tripulación recelosa, entre los abismos del misterio donde se sumergía en sombras y los reclamos del amor á los goces más puros del alma y á los mayores encantos del mundo! Pero en cosa ninguna se conoce la verdad absoluta de aquella ley providencial, que rige las moles y las ideas, juntamente con la verdad absoluta de una finalidad universal mostrada por la correlación de las facultades en los individuos y en las especies con su ministerio sobre la Naturaleza y sobre la sociedad, como en este poder supremo de los hombres superiores

y predestinados para sobreponerse á todas las propensiones más arraigadas en la compleción humana, y menospreciando los más precisos sentimientos, consagrarse á una obra, de la cual suele tan sólo clavarse todas las espinas, mientras la humanidad entera y el tiempo eterno reportan para sí todas las ventajas. ¡Con qué dolor se apartaría Colón de aquellos jardines del Guadalquivir donde habían corrido felices días para su corazón hasta en medio de los combates y de los desengaños! ¡Cuánta fuerza de voluntad necesitaría para sobreponerse al imperio de los más avasalladores instintos el imperio de su razón y el presentimiento de su destino! En el regocijo connatural á su victoria, un dejo bien amargo quedaba por esas mezclas de bien y mal que constituyen la triste levadura de nuestra humana vida, y era esta separación dolorosa del ser que le había sonreído en la desgracia y vendábale con sus manos las heridas del alma. Así fué para Colón el mes de Mayo en 1492.

El mes de Junio resulta luego un mes de luchas y de angustias. Arreglados sus negocios domésticos, el descubridor se personó en Palos, consagrándose con empeño al trabajo enorme de apercibir y preparar la expedición. Aquel primer elemento de toda empresa útil, el aceite de los cilindros que mueven todas las ruedas, ó sea el dinero, estaba pronto. Habíanse los recursos arbitrado por bien varias maneras y bien diversos métodos. Á la villa de Palos imponíasele con toda solemnidad en cédula Real, y á guisa de tributación forzosa, el embargo de tres carabelas pertenecientes á pilotos y armadores suyos, para una empresa misteriosa, por tiempo indefinido. Aunque se usó en la fórmula el oficial estribillo, asegurando destinarlas á cosas cumplideras al servicio de los Reyes, y se declaró por el pueblo y sus autoridades la conformidad con lo proveído, no hubo en la preparación el necesario empeño, ni la diligencia con el empeño correlativa y al empeño correspondiente. Dióse por fines de Abril aquella trascendental orden; publicó en fines de Mayo el Municipio requerido á su cumplimiento la necesaria confor-